

BÉCQUER

FEBRERO 1836 – 1870 DICIEMBRE



FABLAS se suma con estas páginas especiales al recuerdo de ese excepcional escritor, hombre de su época y conocedor profundo de los secretos del amor y la muerte, que se llamó Gustavo Adolfo Bécquer.

Se cumplen cien años desde su muerte, en aquel 22 de diciembre de 1870, y su obra —y, sobre todo, su honda meditación ante la vida— sigue viva y presente entre quienes nos afanamos, día a día, en dar forma, armar entre palabras y líneas el pensamiento y las ideas. Poeta del vivir y del morir que fue Bécquer, pero poeta atento, ojo avizor, nada desarraigado de este mundo que conoció y sufrió tanto y tan bien. Poeta del profundo meditar ante la vida y ante la poesía; poeta nada caprichoso, sino atento trabajador, celoso cuidador de la forma. Sus poemas o sus prosas van diciendo bien a las claras que en ellas late todo un mundo íntimo y lírico, rico en sugerencias y denso, hondamente denso. Pero, y esto quizá pueda servirnos más, también van denunciando a las claras su coordinada y compleja estructura, orden y hechura que tienen siempre su porqué y en el que se aúnan perfectamente la realidad, la materia, y su transformación en sustancia, en poesía, su perfecta síntesis en la que entran todos y cada uno de los elementos necesarios, pero siempre con su perfecta imbricación, su perfecta interdependencia que hacen de la poesía de Bécquer algo vivo en sí mismo, en su misma estructura. Hora es ya, nos parece, de desterrar la idea de Bécquer como poeta meloso y evasivo, hora es ya de ver su amor y su muerte no como elementos postizos o accidentales; hora es ya, en fin, de reconocer en Bécquer a nuestro primer poeta contemporáneo.

Con esta presencia de ánimo, por este motivo FABLAS recoge hoy para esta evocación becqueriana varias reproducciones gráficas, una brevísima antología y unas líneas evocadoras, en la certeza de que todo ello pueda contribuir a un conocimiento más serio y consecuente de la obra del poeta sevillano.

2.3 =
Lunes

Diario que Empieza = 2.3 =

Febrero - 1852 = 20

Hoy en las funciones reales y cuando se estrechaba el Puente S. F. he visto a la forma de la calle del S. Clara, yo al pronto no la conocí y aun creo que ella era tam. poco por lo tanto atrempo de parar junto a ella con los ojos por motivo del polvo y al oír que aquel día combata con mucha fuerza y cuando por ahí estaba perfectamente delante de su padre al cual reconse como a su madre que también iba y su hermanita pequeña, se tocaba en la cara para verla y ya en la cara por que iba de espalda mejor y confundida entre las multitud. al decirse de que estaba ya en la calle fue un peradamiento, mucho dumbre de reflexiones se agotaron mi imaginación no acordándose más entre ellas lo que más debiera que era al seguirlos, de modo que cuando lo pensé ya había de haberse ido siendo inútil todos mis pensamientos.

Todo el día me he estado acordando de ella lo cual me a despertarse en mi el antiguo amor, se mejana al fuego que después de apagada la llama basta un ligero soplo para inflamarlo con más fuerza, así ya así olvidado amor basta su vista una nueva mirada para hacerlo resucitar con más fuerza =

Martes
= 2.4 =

Una noche después de acostarme toda la noche estuve pensando en el encuentro de aquella mañana no hay duda el vuelto su amor a despertarse en mí cuando estudio la imaginación distraída abandono el libro para ocuparse de ella cuando pienso en sus gracias más que la escucho hablar que vive y que yo también vivo y la hablo. Es preciso y he debido ir a verlo en por la calle el procurar verla por 2.ª vez el hablarla.

Hoy al amanecer he pasado por su casa toda estaba cerrada todo como antiguamente. las puertas los balcones las ventanas a no ver los cortineros que estaban dentro de los cortineros habiendo cerrado que las cosas no estaban habi-

A N T O L O G Í A

LA VENTA DE LOS GATOS

(fragmento)

En Sevilla, y en mitad del camino que se dirige al convento de San Jerónimo desde la puerta de la Macarena, hay, entre otros ventorrillos célebres, uno que, por el lugar en que está colocado y las circunstancias especiales que en él concurren, puede decirse que era, si ya no lo es, el más **neto** y característico de todos los ventorrillos andaluces.

Figuraos una casita blanca como el ampo de la nieve, con su cubierta de tejas rojizas las unas, verdinegras las otras, y entre las cuales crecen un sinfín de jaramagos y matas de reseda. Un cobertizo de madera baña en sombra el dintel de la puerta, a cuyos lados hay dos poyos de ladrillo y argamasa; empotradas en el muro, que rompen varios ventanillos abiertos a capricho para dar luz al interior, y de los cuales unos son más bajos y otros más altos, éste en forma cuadrangular, aquél imitando un ajimez o una claraboya, se ven de trecho en trecho algunas estacas y anillas de hierro que sirven para atar las caballerías. Una parra añosísima, que retuerce sus negruzcos troncos por entre la armazón de madera que la sostiene, vistiéndolos de pámpanos y hojas verdes y anchas, cubre como un dosel el estrado, el cual lo componen tres bancos de pino, media docena de sillas de anea desvencijadas y hasta seis o siete mesas cojas y hechas de tablas mal unidas.

Por uno de los costados de la casa sube una madreSelva, agarrándose a las grietas de las paredes, hasta llegar al tejado, de cuyo alero penden algunas guías que se mecen en el aire, asemejando flotantes pabellones de verdura. Al pie del otro corre una cerca de cañizo, señalando los límites de un pequeño jardín, que parece una canastilla de juncos rebosando de flores. Las copas de dos corpulentos árboles que se levantan a espaldas del ventorrillo forman el fondo oscuro sobre el cual se destacan sus blancas chimeneas, completando la decoración los vallados de las huertas, llenos de pepitas y zarzamoras; los retamares que crecen a la orilla del agua, y el Guadalquivir, que se aleja arrastrando con lentitud su torcida corriente por entre aquellas agrestes márgenes, hasta llegar al pie del antiguo convento de San Jerónimo, el cual se asoma por cima de los espesos olivares que lo rodean y dibuja por oscuro la negra silueta de sus torres sobre un cielo azul y transparente.

Imaginaos este paisaje animado por una multitud de figuras de hombres, mujeres, chiquillos y animales, formando grupos a cual más pintoresco y característico; aquí el ventero, rechoncho y coloradote, sentado al sol en una sillita baja, deshaciendo entre las manos el tabaco para liar un cigarrillo y con el papel en la boca; allí, un regatón de la Macarena que canta entornando los ojos y acompañándose con una guitarrilla mientras otros le llevan el compás con las palmas o golpeando las mesas con los vasos; más allá, una turba de muchachas, con sus pañuelos de espuma de mil colores y toda una maceta de claveles en el pelo, que tocan la pandereta, y chillan, y ríen, y hablan a voces en tanto que impulsan como locas el columpio colgado entre dos árboles, y los mozos del ventorrillo que van y vienen con bateas de manzanilla y platos de aceitunas, y las bandas de gentes del pueblo que hormigean en el camino; dos borrachos que disputan con un majo que requiebra al pasar a una buena moza, un gallo que cacarea esponjándose orgulloso sobre las bardas del corral, un perro que ladra a los chiquillos que lo hostigan con palos y piedras, el aceite que hierve y salta en la sartén donde fríen el pescado, el chasquear de los látigos de los caleseros que llegan levantando una nube de polvo, ruidos de cantares, de castañuelas, de risas, de voces, de silbidos, y de guitarras, y golpes en las mesas, y palmadas, y estallidos de jarros que se rompen, y mil y mil rumores extraños y discordes que forman una alegre algarabía imposible de describir. Figuraos todo esto en una tarde templada y serena, en la tarde de uno de los días más hermosos de Andalucía, donde tan hermosos son siempre, y tendréis una idea del espectáculo que se ofreció a mis ojos la primera vez que, guiado por su fama, fui a visitar aquel célebre ventorrillo.

De esto hace ya muchos años, diez o doce lo menos. Yo estaba allí como fuera de mi centro natural. Comenzando por mi traje y acabando por la asombrada expresión de mi rostro, todo en mi persona disonaba en aquel cuadro de franca y bulliciosa alegría. Parecióme que las gentes, al pasar, volvían la cara a mirarme con el desagrado con que se mira a un importuno.

No queriendo llamar la atención ni que mi presencia se hiciese objeto de burlas más o menos embozadas, me senté a un lado de la puerta del ventorrillo, pedí algo de beber, que no bebí, y, cuando todos se olvidaron de mi extraña aparición, saqué un papel de la cartera de dibujo, que llevaba conmigo; afilé un lápiz y comencé a buscar con la vista un tipo característico para copiarlo y conservarlo como un recuerdo de aquella escena y de aquel día.

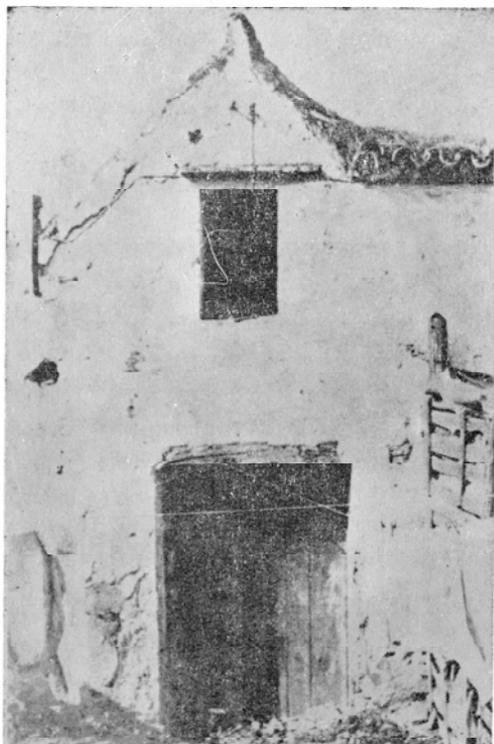
Desde luego, mis ojos se fijaron en una de las muchachas que formaban un alegre coro alrededor del columpio. Era alta, delgada, levemente morena, con unos ojos adormidos, grandes y negros, y un pelo más negro que los ojos. Mientras yo hacía el dibujo, un grupo de hombres, entre los cuales había uno que rasgueaba la guitarra con mucho aire, entonaba a coro cantares alusivos a las prendas personales, los secretillos de amor, las inclinaciones o las historias de celos y desdenes de las muchachas que se entretenían alrededor del columpio, cantares a los que a su vez respondían éstas con otros no menos graciosos, picantes y ligeros.

La muchacha morena, esbelta y decidora que había escogido por modelo, llevaba la voz entre las mujeres y componía las coplas y las decía, acompañada del ruido de las palmas y las risas de sus compañeras, mientras que el tocador parecía ser el jefe de los mozos y el que entre todos ellos despuntaba por su gracia y desenfadado ingenio.

Por mi parte, no necesité mucho tiempo para conocer que entre ambos existía algún sentimiento de afección, que se revelaba en sus cantares, llenos de alusiones transparentes y frases enamoradas.

Cuando terminé mi obra, comenzaba a hacerse de noche. Ya en la torre de la catedral se habían encendido los dos faroles del retablo de las campanas, y sus luces parecían los ojos de fuego de aquel gigante de argamasa y ladrillo que domina toda la ciudad. Los grupos se iban disolviendo poco a poco y perdiéndose a lo largo del camino entre la bruma del crepúsculo plateada por la línea que empezaba a dibujarse sobre el fondo violado y oscuro del cielo. Las muchachas se alejaban juntas y cantando, y sus

voces argentinas se debilitaban gradualmente hasta confundirse con los otros rumores indistintos y lejanos que temblaban en el aire. Todo acababa a la vez: el día, el bullicio, la animación y la fiesta, y de todo no quedaba sino un eco en el oído, y en el alma, como una vibración suavísima, como un dulce sopor parecido al que se experimenta al despertar de un sueño agradable.



ESTADO ACTUAL DE LA VENTA DE LOS GATOS

*Olas gigantes que os rompéis bramando
en las playas desiertas y remotas,
envuelto entre las sábanas de espuma,
¡llevadme con vosotras!*

*Ráfagas de huracán, que arrebataís
del alto bosque las marchitas hojas,
arrastrando en el ciego torbellino,
¡llevadme con vosotras!*

*Nubes de tempestad que rompe el rayo
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
arrebatao entre la niebla oscura,
¡llevadme con vosotras!*

*Llevadme, por piedad, a donde el vértigo
con la razón me arranque la memoria...
¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas!*

(Rima LII)

*¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero
de los senderos busca.
Las huellas de unos pies ensangrentados
sobre la roca dura;
los despojos de un alma hecha jirones
en las zarzas agudas,
te dirán el camino
que conduce a mi cuna.*

*¿A dónde voy? El más sombrío y triste
de los páramos cruza:
valle de eternas nieves y de eternas
melancólicas brumas.
En donde esté una piedra solitaria
sin inscripción alguna,
donde habite el olvido,
allí estará mi tumba*

(Rima LXVI)

...puedo asegurarte que cuando siento no escribo. Guardo, sí, en mi cerebro escritas, como en un libro misterioso, las impresiones que han dejado en él su huella al pasar; estas ligeras y ardientes hijas de la sensación duermen allí agrupadas en el fondo de mi memoria hasta el instante en que, puro, tranquilo, sereno y revestido, por decirlo así, de un poder sobrenatural, mi espíritu las evoca, y tienden sus alas transparentes, que bullen con un zumbido extraño, y cruzan otra vez a mis ojos como en una visión luminosa y magnífica.

.....
Cuando un poeta te pinte en magníficos versos su amor, duda. Cuando te lo dé a conocer en prosa, y mala, cree.

Hay una parte mecánica, pequeña y material en todas las obras del hombre, la primitiva, la verdadera inspiración desdeñada en sus ardientes momentos de arrebato.

(De "Cartas a una mujer")

Hay una poesía magnífica y sonora; una poesía hija de la meditación y el arte, que se engalana con todas las pompas de la lengua, que se mueve con una cadenciosa majestad, habla a la imaginación, completa sus cuadros y la conduce a su antojo por un sendero desconocido, seduciéndola con su armonía y su hermosura.

Hay otra natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra, y desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía.
...la poesía popular es la síntesis de la poesía.

.....
El pueblo ha sido, y será siempre, el gran poeta de todas las edades y de todas las naciones.

Nadie mejor que él sabe sintetizar en sus obras las creencias, las aspiraciones y el sentimiento de una época.

.....
Como a sus maravillosas concepciones, el pueblo da a la expresión de sus sentimientos una forma especialísima.

Una frase sentida, un toque valiente o un rasgo natural le bastan para emitir una idea, caracterizar un tipo o hacer una descripción.

Esto, y no más, son las canciones populares.

(De una crítica al libro "La Soledad", de Augusto Ferrán)